

PLASTICIDAD DE LA PALABRA

Julián Serna Arango

Profesor Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia

Resumen

Partiendo de la polisemia de las palabras y de la acción recíproca de unas palabras sobre otras en el evento comunicativo, se analizan la metáfora y la ironía, los implícitos y los excedentes de sentido de orden supraproposicional, se reconoce la ambigüedad de allí mismo derivada, pero también las posibilidades de comunicación abiertas.

Palabras claves: Lenguaje, polisemia, retórica, metáfora, ironía

Abstract

Starting from the polysemy of words and from the reciprocal action of some words over others in the communicative act (speech act), metaphor and irony, the implicits and exceeding of sense of suprapositional order are analysed, the ambiguity thereby derived is recognised, as well as the possibilities of open communication.

Key words: Language, polysemy, rhetoric, metaphor, irony

Amparados en la autoridad del diccionario, no falta quienes creen que cada vez que se encuentran con la misma palabra, se trata de lo mismo desde el punto de vista semántico. Caen en una trampa, sin embargo, cuando estarían realizando una aplicación pseudo-lógica de la ley transitiva, al asumir que dos significados asociados al mismo significante son iguales entre sí. Nadie dirá que dos personas que usan el mismo vestido son la misma persona. En diferentes eventos comunicativos, una misma palabra induce resonancias semánticas diferentes.

Lejos de limitarse a la plasticidad de las palabras consideradas individualmente, la flexibilidad de la comunicación involucra al discurso, al texto considerado como totalidad. Cuando una palabra entra en relación con las demás palabras, en una conversación, en cierta lectura, se gestan resonancias semánticas más allá de las palabras individualmente consideradas; directas, cuando por ejemplo la palabra “don” y la palabra “Dios” nos llevan a pensar en la palabra “gracia”, como quiera que la gracia es un

don de Dios; o indirectas, cuando por ejemplo el número “3” y la palabra “cristianismo” nos llevan a pensar en la Santísima Trinidad.

Dada la plasticidad de la palabra, dadas las resonancias semánticas inducidas por la acción recíproca de unas palabras sobre otras, resulta evidente que ellas no se comportan como fósiles, sino como seres vivos al ser escuchadas o leídas.

Aunque las figuras retóricas y otros recursos literarios a través de los cuales podemos percibir la plasticidad de la palabra fueron anatema para los filósofos metafísicos, como fuente de extravío, la situación ha cambiado en las últimas décadas, cuando pensadores como Derrida y Ricoeur, para citar los más conocidos únicamente, se han ocupado de la metáfora; cuando empieza a percibirse un cambio en la escritura de los textos filosóficos en dirección a la literatura, como ocurre con pensadores de la talla de Richard Rorty y Martha Nussbaum. En contravía con la retórica clásica que veía en las figuras retóricas y demás recursos literarios un simple asunto de *ornatus*, es posible reconocer en la plasticidad de la palabra no sólo el fiel reflejo de la complejidad inaudita de la existencia, sino además un recurso comunicativo de primer orden. De allí que la plasticidad de la palabra no sólo sea un asunto obligado para los lingüistas, un instrumento de trabajo para los poetas, cuando sería, además, un tema de particular interés para los filósofos.

Entre las múltiples maneras como las palabras proporcionan sentido más allá del *estilo plano* que no sólo evita las figuras retóricas, sino que además se compromete con un esquema lineal-proposicional, estarían la metáfora y la ironía, los implícitos y los excedentes de sentido de orden supraproposicional, de las que nos ocupamos enseguida.

2. Precisar, detallar las diferencias

Porque en las cosas no sólo hay diferencias, sino además semejanzas, no sólo es posible considerar cosas individuales, sino también grupos. El lenguaje da cuenta de la dicotomía en cuestión cuando distingue los nombres propios, que enfatizan en las diferencias, de los nombres comunes, que lo hacen en las semejanzas. Porque sólo los individuos de algunos grupos suelen tener nombre propio como sería el caso de los seres humanos, los países, las ciudades, las instituciones -algunas espadas y algunas campanas lo tuvieron en la edad media-, el inventario de los sustantivos a dispo-

sición nuestra no resulta equitativo ni mucho menos con relación a la dicotomía universales-diferencias, como quiera que favorece el primero de los términos en detrimento del último.

Porque en los fenómenos naturales referidos con la misma palabra las semejanzas priman sobre las diferencias, la carencia de nombres propios no ofrece mayor dificultad. Porque en los fenómenos históricos registrados con la misma palabra las diferencias priman sobre las semejanzas, la inexistencia de nombres propios origina ambigüedad. La explicación es simple. El ser humano es un ser histórico, abierto al futuro, cuyos proyectos se ven amenazados por la contingencia, por la permanente infusión de entropía, la misma que multiplica las diferencias, cuando no es que difumina las fronteras de los fenómenos rotulados con la misma palabra, como acontece hoy día con las disciplinas humanísticas. Es cuando surgen interrogantes como los siguientes. ¿Cómo aludir a los particulares con un mecano-las palabras- cuyas piezas -en su condición de nombres comunes, de términos generales- incuban el germen de los universales? Una vía sería la de la metáfora. Nos proponemos discutirla.

Es posible transferir significados de un campo semántico a otro para ensamblar metáforas, que lejos de reducirse a una variación estilística, inducen resonancias semánticas adicionales. No es lo mismo decir que “María es muy eficiente”, a decir que “María es una máquina para trabajar”. En comparación al primero, en el último de los enunciados se inducen diferentes resonancias semánticas de acuerdo con el contexto,. O bien que la eficiencia de María es superlativa a tal punto que parece sobrehumana, o bien que ella todo lo hace rápido sin pensar en las consecuencias, y en este último caso la metáfora daría lugar a una ironía. Si por medio de la metáfora no decimos lo mismo que hubiéramos dicho sin ella, al tiempo que reconocemos su valor cognitivo, evidenciamos la dificultad de parafrasearla. Al hablar de las *kenningar*, especie de metáforas de la poesía de Islandia, Borges dice: “(...) *luna de los piratas* es una fórmula que no se deja reemplazar por *escudo*, sin pérdida total. Reducir cada *kenning* a una palabra no es despejar incógnitas: es anular el poema”¹.

Porque las metáforas se van lexicalizando y en esa medida constituyen el punto de partida para el ensamblaje de nuevas metáforas, disponemos de posibilidades literalmente inagotables para registrar, para expresar las diferencias mediante una especie de *ars combinatorio*. Un ejemplo. Sobre

¹ BORGES, Jorge Luis. “Las *kenningar*”. En: *Historia de la eternidad*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé. v. 1, p. 370

el término griego *alhqeia*, literalmente develar, descubrir, de acuerdo con Heidegger² se ensambla una metáfora cuando el término en cuestión se transfiere del campo semántico del mundo físico al campo semántico del mundo intelectual. El término *alhqeia* se asume así como la palabra, como el discurso que devela el mundo, que lo muestra en lo que es. Habiendo hecho carrera la aplicación del término *alhqeia* al ámbito de la vida intelectual, se ensambla una segunda metáfora cuando el discurso que devela, que muestra lo verdadero, se asume de una vez por todas como la verdad. Se trata de una metáfora ontológica si nos atenemos a la clasificación de Lakoff y Johnson. Leemos en *Metáforas de la vida cotidiana*: “Entender nuestras experiencias en términos de objetos y sustancias, nos permite tratarlas como entidades discretas o sustancias uniformes”³. Habiendo perdido la pista de la verdad como un develar, como un descubrir, como un proceso, inclusive, el término “verdad” se asume ahora como una cualidad abstracta. Es cuando se define la verdad como la adecuación de la palabra a la cosa, del discurso a la cosa. Sobre el término “verdad” así concebido se construyen nuevas metáforas. Decimos que “Fulano es un político de verdad”, en la medida en que estamos transfiriendo del campo semántico de la vida intelectual al campo semántico de la política el carácter rotundo, pleno asociado al término “verdad”, y en esa medida se incrementa el repertorio de expresiones lingüísticas por medio de las cuales pudiéramos clasificar a los políticos.

Si bien es evidente que la metáfora provoca una creación continua de significado y sentido, no menos cierto es que genera ambigüedad. Cuando se utiliza determinada palabra, el interlocutor, el lector no sólo podrá activar aquellas resonancias semánticas que estaban presentes en la mente del autor, sino además aquellas que así no le interesen a él han sido acumuladas a través de los usos de la misma, incluidos los metafóricos, aquellas que han hecho carrera en la respectiva sociedad o cultura. Así por ejemplo la palabra “religión” no sólo se asocia con Dios, Iglesia o más allá, no sólo se asocia con magia, iniciación, superstición, manipulación, sino además con una serie de usos metafóricos, cuando se habla de la política como religión, del deporte como religión, del mercado como religión, cuando la dispersión semántica del término en cuestión se hace más evidente todavía.

Al transferir significados de un campo semántico a otro, al ensamblar metáforas, se incrementa la polisemia. La palabra “grande” puede usarse

² Cfr. HEIDEGGER, Martin. “De la esencia de la verdad”. En: *Ser, verdad y fundamento*. Caracas: Monte Avila, 1968. p. 71

³ LAKOFF, George, y JOHNSON, Mark. *Metáforas de la vida cotidiana*. México D.F., 1995. p. 63

de varias maneras. Un camión grande es un camión que sobresale por su tamaño. Alejandro magno, Alejandro el grande, se caracterizó por sus gestas guerreras. Pedro el grande, se distinguió por adelantar la modernización de Rusia. En la medida en que los usos metafóricos de la palabra “grande” hacen carrera, ello provocaría una cierta ambigüedad en su uso. Si alguien dice que Rasputín fue “grande”, uno pudiera preguntarse si se refiere a su estatura o a la influencia ejercida por él en la corte de los zares. Para evitar malentendidos como esos no han faltado los intentos por conjurar la ambigüedad de las palabras. En algunos casos es posible distinguir el significado propio de las palabras como ocurre por ejemplo con la palabra “grande”, cuyo significado propio sería el relativo al tamaño. No sucede lo mismo con palabras como “filosofía”, “cultura”, “Dios”, cuando alternan multiplicidad de usos sin que sea posible atribuir a alguno de ellos el monopolio del significado propio sin ejercer violencia sobre los demás. No obstante, en determinado contexto, en el marco de una concepción de mundo dada, es posible reducir la multiplicidad de los usos de una palabra a uno de ellos, cuando se la compromete con determinados atributos, cuando se la define. Así por ejemplo la palabra “Dios” en el cristianismo, se la compromete con atributos como los de monoteísmo, omnipotencia, omnisciencia, entre otros; la palabra “filosofía” en el marxismo, se la define (en algunas modalidades de marxismo al menos) como praxis social, materialista y dialéctica. No obstante, dicha acepción de las palabras, dicho concepto no necesariamente es válido por fuera del credo o del partido en cuestión. Así como los politeísmos comprometerán la palabra “Dios” con otros atributos, algo similar harán los idealismos con la palabra “filosofía”.

Porque no era posible sacar partido de la creación continua de significado y sentido posibilitada en la metáfora sin generar al mismo tiempo ambigüedad, ella fue objeto de debate. Los filósofos fijaron su posición al respecto, y en primer lugar, los griegos.

Platón, quien veía en los recursos literarios (así él mismo la utilizara a menudo) un lastre, un embuste de la comunicación, advierte: “(...) el poeta no sabe más que imitar, pero de una manera tal que emplea colores de cada una de las artes, con los nombres y expresiones adecuados, hasta el punto que aquellos otros que fían de las palabras estiman en mucho su disertación, ya se refiera en metro, ritmo y armonía, al arte del zapatero, ya hable acerca del zapatero o de cualquier otra cosa. ¡ Tan prodigioso encantamiento produce la expresión poética ! Porque pienso que no se escapa a qué quedan reducidas las palabras de los poetas cuando se les despoja de su música y su colorido. (...) ¿ No se parecen (...) a esos rostros (...) en el momento

en que pierden su flor juvenil ?”⁴. A diferencia de Platón, Aristóteles no deja de reconocer las cualidades de los recursos literarios: “La claridad, el placer y la extrañeza los proporciona, sobre todo, la retórica”⁵. El estagirita, no obstante, excluye la metáfora del discurso apodíctico, en virtud de la polisemia de allí mismo derivada, concebida como fuente de ambigüedad⁶.

Al distinguir el significado literal del metafórico, Aristóteles reserva para el primero la condición de significado propio de la palabra en detrimento del último. En la medida en que las exigencias del discurso apodíctico se revelan incompatibles con la plasticidad de la palabra, con la ambigüedad de allí mismo derivada, las metáforas y en general los tropos serían objeto de una discriminación, y en particular, destinados a discursos diferentes al discurso apodíctico, es decir, a discursos que no aspiran a la verdad, sino a la verosimilitud únicamente. A tales discursos se les clasificó como discursos retóricos, como discursos que así no estén en condiciones de demostrar las tesis, si podían al menos persuadir al interlocutor, al lector, mediante la utilización de cuantos recursos fueran útiles para tal fin. En lo sucesivo, hizo carrera la distinción entre dialéctica y retórica. Mientras la dialéctica aspiraría a la verdad y se comprometería con las exigencias propias del discurso apodíctico, como sería la restricción del uso de la palabra a su hipotético significado propio, la retórica, en cambio, aspiraría a la verosimilitud y estaría exenta de tales exigencias.

Sin la contundencia que podían exhibir los discursos lógicos, sin sus restricciones también, los discursos retóricos echaron mano de diferentes recursos. Solían empezar con un exordio cuya finalidad era la de conquistar la atención del auditorio, la atención benevolente además. Se elegía cuidadosamente el orden de los argumentos. De acuerdo con el orden homérico, los argumentos menos fuertes debían estar en el centro, reservando los más fuertes para el comienzo y el final. Entre los argumentos se destacaban los ejemplos con frecuencia prototípicos. En desarrollo del discurso se utilizaban giros lingüísticos alternativos. Resultaba más sugerente hablar del crepúsculo de la vida que de la vejez, calificar a una persona peligrosa de víbora, decir de alguien que era sólido como una roca cuando se revelaba solvente en la defensa de sus posiciones.

Bien sea por la naturaleza de los temas, bien sea por las dificultades presentadas, lo cierto es que los filósofos utilizaron un discurso -en sentido

⁴ PLATÓN. *La república*, III. Madrid: Aguilar, 1966. p. 843-4”

⁵ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 2,3. Madrid: Gredos, 199. p. 490

⁶ Cfr. ARISTÓTELES. *Tópicos*, VII, 3

estricto- apodíctico, de manera excepcional únicamente, cuando las más de las veces no seguían un orden deductivo, cuando no dejaban de utilizar figuras retóricas, y aun aquellos que más enfáticamente se opusieron a las metáforas no dejaron de hacerlo. Abundan las metáforas en la historia de la filosofía, como la del cochero (el alma) en Platón, la del motor inmóvil (Dios) en Aristóteles, la de la *tábula rasa* (el intelecto) en Locke, la del monstruo bíblico Leviatán (El Estado) en Hobbes. Aunque parecía inevitable la reclasificación del discurso filosófico dentro del género de los discursos retóricos, esto no ocurrió. Fue la argumentación no apodíctica la que se transfirió al ámbito de la dialéctica en el siglo XVI, de acuerdo con la concepción de Petris Ramos, para quien la retórica quedaría reducida a la *elocutio* y la *pronunciatio*⁷. Ello no fue todo. Con la consolidación de la poética como disciplina alterna a la retórica, esta última quedaría limitada al simple *ornatus*, como catálogo de figuras, como fuera definida por Dumarsais en el siglo XVIII.

Mientras el discurso lógico se asumió como un ideal asintótico, el discurso filosófico conservó su lugar de privilegio, y en particular se consideró una de sus mejores aproximaciones. No fue una situación definitiva. Con el advenimiento de la ciencia matemática, cuyo carácter apodíctico no ofrecía ninguna duda, cambia radicalmente el panorama. En lo sucesivo, la racionalidad apodíctica dejó de considerarse un modelo ideal, cuando se reveló, en cambio, una opción real. Las comparaciones no habrían de faltar. Al lado del discurso de la física, cuyos algoritmos lógico-matemáticos resultan impecables, se hizo evidente el carácter no apodíctico del discurso filosófico, el cual no podría aspirar a otra cosa que a lo verosímil.

¿ Es retórico el discurso filosófico ? Los filósofos no se rindieron ante la evidencia y realizaron múltiples esfuerzos para cumplir con las exigencias propias de la racionalidad apodíctica, del discurso científico, para que su discurso no fuera degradado al ámbito de la retórica, para no alternar con los discursos contaminados por la subjetividad como serían los de la religión y el arte. Es cuando se adopta el ideal del *estilo plano*, cuando las palabras se comprometen con una definición, cuando se anatematizan los tropos. Leemos en Locke: “(...) quienes pretendan en serio la búsqueda y la conservación de la verdad deberán considerarse obligados a estudiar de qué manera pueden expresarse sin la oscuridad, sin la dubitabilidad, y sin los equívocos a que están naturalmente expuestas las palabras de los hom-

⁷ Cfr. MORTARA GARAVELLI, Bice. *Manual de retórica*. Madrid: Cátedra, 1991. p 52

bres, si no se toma el trabajo de depurarlas”⁸. Mediante el sacrificio de las figuras literarias, en particular, de la polisemia, en general, los filósofos reivindican para su discurso un estatus diferente al de los discursos retóricos, similar, en cambio, al de los discursos científicos. No tuvieron éxito, sin embargo. O bien el discurso no terminó siendo apodíctico a pesar de las precauciones adoptadas, como en general sucedió, y a lo que alude Perelman en los siguientes términos: “Constatamos que en los dominios en los que se trata de establecer lo que es preferible, lo que es aceptable o razonable, los razonamientos no son ni deducciones formalmente correctas ni inducciones que van de lo particular a lo general, sino argumentaciones de toda especie que pretenden ganar la adhesión de los espíritus a las tesis que se presentan a su asentimiento”⁹. O bien lo fue al precio de limitar las posibilidades de la investigación a los ámbitos de la experiencia regidos por una rigurosa taxonomía, como ocurrió con los filósofos analíticos ocupados de la lógica.

Con la crisis de los sistemas en el último siglo, la pretensión de los filósofos por emular con la racionalidad apodíctica del discurso matemático a prueba de fisuras, como antaño lo hicieran con las sumas teológicas, quedaría en entredicho a pesar del sacrificio de las figuras literarias, del compromiso adquirido con el *estilo plano*. Así resulten evidentes en determinado momento, así se consideren demostradas, las tesis filosóficas se descontextualizan, devienen anacrónicas más temprano que tarde. Ello amerita una explicación.

A diferencia de lo ocurrido con los fenómenos naturales que se agrupan en racimos, en el ámbito socio-cultural no es fácil reconocer la existencia de grupos naturales, y por ello las tesis filosóficas con pretensiones universalistas resultan cada vez más escasas. De allí los avances del nominalismo, concepción que hiciera carrera entre algunos pensadores en el medioevo (Roscelino, Abelardo, Guillermo de Occam) y que habiendo sido dejada de lado por la modernidad, recupera su protagonismo a partir de la crisis de los sistemas. Leemos en Nietzsche: (...) en la naturaleza no hay formas ni conceptos, por lo tanto, tampoco hay géneros ¹⁰. Y es evidente que los pensadores de una u otra manera tributarios de la filosofía nietzscheana,

⁸ LOCKE, John. Ensayo sobre el entendimiento humano, 3, 11, 3. Bogotá: FCE, 200. p. 505

⁹ PERELMAN, Chaïm. El imperio retórico. Retórica y argumentación. Bogotá: Norma, 1997. p. 12

¹⁰ NIETZSCHE, Federico. Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral. En: Obras completas. Madrid: Aguilar, 1967. v. V, p. 244-5

de su crítica a la metafísica, toman distancia del universalismo, del realismo y son proclives al nominalismo, como ocurre con el último Heidegger y con Derrida, cuando no es que lo profesan abiertamente como acontece con Rorty¹¹, Aunque se trate de una hipérbole, las observaciones de un poeta como Borges no dejan de ser sintomáticas de uno de los realinderamientos más connotados de la filosofía en las últimas décadas: “El nominalismo, antes la novedad de unos pocos, hoy abarca a toda la gente; su victoria es tan vasta y fundamental, que su nombre es inútil. Nadie se declara nominalista, porque no hay quien sea otra cosa”¹².

Porque el nominalismo se traduce en la reivindicación de las diferencias, la plasticidad de la palabra adquiere un protagonismo de primer orden. Es cuando se destaca el valor cognoscitivo de la metáfora, cuando se le reconocen sus aportes al conocimiento del mundo, a la expresión del hombre, a la gestación de sentido, sí no para declarar con Nietzsche que “(...) sólo poseemos metáforas sobre las cosas, que no corresponden en nada a su imagen natural”¹³, si para reivindicar con Lakoff y Johnson la abundancia de metáforas en la vida cotidiana, cuando advierten en el primer capítulo de *Metáforas de la vida cotidiana*: “Nosotros hemos llegado a la conclusión de que la metáfora (...) impregna la vida cotidiana”¹⁴.

Cuando la palabra se compromete con una definición, cuando se transmuta en concepto, ello da lugar a una acción -en diversa medida-arbitraria, y en el mejor de los casos a una aproximación. De allí derivan múltiples malentendidos. Un ejemplo. La palabra “violencia” puede asumirse en un sentido físico cuando se altera el curso natural de determinado fenómeno. Se dice por ejemplo que: “La violencia de la tormenta arrasó los cultivos”. Otra forma de violencia sería la ejercida por un hombre sobre otro. “Habiéndole apuntado con una pistola sobre su cabeza, le exigió la entrega del dinero”. Hay formas de violencia no propiamente físicas, como la ejercida sobre la protagonista de la siguiente frase. “Fue tanta la insistencia de fulano que para quitárselo de encima terminó por decirle que sí”. Hay formas más sutiles de violencia como la de la publicidad cuando equipara felicidad y consumo. Al referirse al lector, al espectador, advierte

¹¹ Cfr. RORTY, Richard. *Ironía, contingencia y solidaridad*. Barcelona: Paidós, 1991. p. 92

¹² BORGES, Jorge Luis. “De las alegorías a las novelas” En: *Otras Inquisiciones*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé. v. 2, p. 124

¹³ NIETZSCHE, Federico. Op. cit. v. V, p. 244

¹⁴ LAKOFF, George, y JOHNSON, Mark. *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra, 1995. p. 39

Ohmann: “(...) la publicidad trata de atraparlo en una realidad disminuida donde todos los problemas se resuelven por sí mismos con una compra oportuna”¹⁵. Registramos, por último, la violencia provocada por la transmutación de la palabra en concepto, cuando el último termina por solapar la multiplicidad de usos acumulados por la primera, por anular las diferencias. Lejos de ofrecer un significado unívoco, los usos del término “violencia” inducen resonancias semánticas alternativas. En ocasiones la violencia es agresión; en otras, coacción; en otras, transgresión; la hay física, pero también psicológica; la hay personal, la hay cultural. Es evidente que la palabra “violencia” participa de una cierta ambigüedad. Si decimos por ejemplo: “Juan ejerce violencia sobre sus compañeros de trabajo”, es probable que nuestro interlocutor vacile en interpretar esa violencia como agresión física o como coacción psicológica.

¿Es menester renunciar a la metáfora para evitar la ambigüedad?
 ¿Debemos hacer uso de ella y tolerar sus efectos? No es otro el dilema.
 ¿Qué hacer? La clave está en nosotros por supuesto.

Porque la polisemia de las palabras deriva de la diversidad de léxicos, que a su vez remite a la multiplicación de roles propia del ser humano concebido como un ser abierto a sus posibilidades, es decir, como un ser con futuro, resulta inevitable que diferentes sociedades, que diferentes individuos realicen experiencias semejantes con énfasis variados. Mientras la existencia del nombre común constituye la vía por excelencia para registrar las semejanzas, habilitamos una serie de recursos literarios para dar cuenta de las diferencias. No sería otro el caso de la metáfora, la cual nos permite individualizar los fenómenos, superando así el protouniversalismo del lenguaje. Un Ejemplo. Una persona que ofende a otra sin razón sería señalada como un agresor, y cada vez que alguien injuria a otro pudiéramos calificarlo o descalificarlo con la misma palabra. No obstante, hay agresiones de agresiones. ¿Qué hacer? Un agresor también pudiera ser calificado o descalificado como bárbaro, como salvaje o como idiota. Se trata de otras tantas metáforas cada una de las cuales permite especificar todavía más la manera como percibimos al agresor: como persona no civilizada al llamarlo “bárbaro” (término tomado de la sociología), como animal al tildarlo de “salvaje” (término tomado de la antropología), como ser subnormal al decirle “idiota” (término tomado de la psicología).

¹⁵ OHMANN, Richard. “El habla, la literatura y el espacio que media entre ambas”. En: *Pragmática de la comunicación lingüística*. VAN DIJK, T. A. y otros. Madrid: Arco, 1987. p. 56

En comparación al inventario de adjetivos disponible, el mundo de las acciones humanas es mucho más complejo todavía, y los recursos literarios compensan en no despreciable medida la deficiencia en cuestión, cuando nos habilitan para registrar aspectos, matices de los fenómenos que de otra manera no sería posible hacerlo, cuando carecemos de la palabra justa, cuando padecemos de inopia léxica. Ejemplos. Si decimos que Juan es lento nos referimos a su velocidad de movimiento, de reacción, inclusive.

¿Decimos lo mismo si afirmamos que Juan es una tortuga, cuando transferimos un atributo del campo de la zoología al campo de la vida humana? Pareciera que sí, pero no. Al decir que Juan es una tortuga estamos diciendo algo más, cuando asumimos que la lentitud de Juan es inherente a su modo de ser, como en efecto ocurre con la lentitud para la tortuga. Decir del autor de un texto que es cuidadoso, prudente, conservador implica afirmar que el autor evita aventurarse más allá del saber compartido por la tradición académica. ¿Decimos lo mismo si afirmamos que el autor en cuestión es cobarde, cuando transferimos un atributo del campo semántico de la guerra al campo semántico de la vida intelectual? Pareciera que sí, pero no. Al decir que es un cobarde no sólo nos referimos a lo mesurado de sus reflexiones, sino que decimos, además, que él no hace lo que la sociedad espera de él. De un militar se quiere que sea valiente; de un escritor, en cambio, que ejerza la función crítica que le compete. Decir que un escritor es prudente puede ser un elogio, decir que es un cobarde es algo que lo descalifica.

Así como la metáfora no se reduce a una veleidad estética del escritor, cuando remite a la configuración misma de la experiencia, otro tanto acontece con diversas figuras retóricas como por ejemplo la sinécdoque. Porque palabras como “hombre”, “gato”, “rosa”, “lago”, “roca”, designan complejos de cualidades, siempre será posible registrar el todo por una de sus partes. En vez de referirse al “hombre” en general, no falta quien aluda al animal racional, al ciudadano, al consumidor, es decir, utilice otras tantas sinécdoques.

Con la crisis de los sistemas, con el auge del nominalismo, no sólo se reivindica el papel de la metáfora, sino además el rol de la retórica. Mientras el Grupo m de Lieja formula la tesis según la cual “(...) la retórica es el conocimiento de los procedimientos de lenguaje característicos de la literatura”¹⁶, y en esa medida la retórica se ocupa una vez más de la *elocutio*; Perelman rehabilita la retórica como teoría de la argumentación. En el marco de la nueva retórica, la metáfora y otras figuras literarias no sólo

¹⁶ GRUPO m. *Retórica general*. Barcelona: Paidós, 1987. p. 64

dan testimonio de su valor cognoscitivo, cuando no las reducimos a simple *ornatus*, sino además de su rol argumentativo.

3. La manipulación por los implícitos

Alrededor de una palabra no sólo gravita una multiplicidad de resonancias semánticas, la palabra es más compleja todavía. Cuando los diccionarios definen las palabras, dan cuenta de la punta del *iceberg* únicamente. Allende su definición, las palabras están comprometidas con múltiples implícitos. Un ejemplo.

Cuando se utiliza la palabra “sujeto”, se entiende “quien realiza la acción”. No obstante, en la palabra “sujeto” hay unos presupuestos que no se dicen, pero se implican. Al utilizar la palabra “sujeto” se presupone la dualidad sujeto-objeto, en la medida en que quien realiza la acción se distingue del objeto sobre el cual se realiza. Si yo tomo un vaso, discriminamos el sujeto (yo) del objeto (el vaso). No obstante, no siempre es así. Cuando utilizamos la palabra “burguesía”, no es fácil dirimir hasta donde soy yo quien (con autonomía) la elijo, y hasta qué punto lo escuchado, lo leído a otros, y en última instancia la *palabra ajena* (en términos de Bajtín) es lo que moldea (dirige) el curso de mi pensamiento. Pudiera usar la palabra “burguesía” por influencia del marxismo, que si bien haría parte de mi formación intelectual, sería en diversa medida palabra ajena, y en ese caso las fronteras entre el sujeto y el mundo no estarían bien definidas. La moraleja es evidente. Al utilizar la palabra “sujeto” nos estaríamos comprometiendo con un presupuesto discutible, pues la dualidad sujeto-objeto es un ideal asintótico nada más, como se explica a continuación. Si desde el punto de vista físico es posible trazar las fronteras entre hombre y mundo, en cuanto las fronteras del hombre son su piel; desde un punto de vista cultural, en cambio, no sucede lo mismo. Si el hombre es una red de significados y sentidos, si otro tanto pudiéramos decir del mundo para nosotros, no es posible (en medio de múltiples referencias cruzadas) precisar donde terminamos nosotros y donde empieza el mundo exterior a nosotros, y la utilización de la palabra “sujeto” resultaría sofisticada, particularmente en el ámbito cultural, cuando de acuerdo con Durand: “Lo propio de todas nuestras ciencias del hombre es ‘asomarse a la ventana para verse pasar por la calle’”¹⁷.

¹⁷ DURAND, Gilbert. *De la mitocrítica al mitoanálisis. Figuras míticas y aspectos de la obra*. Madrid: Anthropos, 1993. p. 124

No sólo las palabras consideradas en su hipotético significado propio -o bien el etimológico, o bien el del diccionario, para citar los más recurrentes- suelen estar comprometidas con determinados presupuestos, ello también ocurre con las metáforas. Un ejemplo. En vez de decir que determinada doctrina filosófica nos enseña muchas cosas, pudiéramos ensamblar una metáfora y decir que nos ilumina, en tanto se transfiere el atributo de la luz del campo semántico de la física al campo semántico de la filosofía. Decir que determinada doctrina filosófica nos enseña muchas cosas, es tanto como afirmar que es útil para la vida; decir, en cambio, que nos ilumina, no sólo es decir que nos enseña, es insinuar algo más. Porque el término “oscuridad” ha sido utilizado de manera metafórica en reemplazo del término “ignorancia”, porque “luz” y “oscuridad” son términos opuestos, la analogía es evidente. Así como la luz conjura la oscuridad, otro tanto acontece con la doctrina filosófica que ilumina respecto de la ignorancia. Las connotaciones de la frase en cuestión no terminan allí. En un contexto religioso, la iluminación, la luz, constituye una hierofanía. Al decir que determinada doctrina filosófica nos ilumina, la hacemos partícipe de las resonancias semánticas propias de lo sacro, y en esos términos se revelaría como sabiduría primordial. No sólo eso. Porque a partir de Copérnico el sol se consideró el centro del sistema planetario local, él adquiere connotaciones de eje del mundo. La doctrina filosófica que ilumina, en síntesis, no sólo conjura la ignorancia, no sólo se reconoce como sagrada, sino además como centro, como guía.

En la medida en que el autor tome en consideración determinados implícitos, pero el lector no haga otro tanto o viceversa, ello genera desvíos en la interpretación. ¿ Hay algo que justifique semejante costo ? Reconocer los implícitos nos permite identificar los sesgos de nuestra construcción de mundo, los mismos que nos condicionan, que nos manipulan, inclusive, y cuya mutación sería necesaria a la hora de emprender una reconstrucción del mundo para nosotros que no termine siendo simplemente cosmética.

4. Un juego de contrarios

Entre los implícitos que puede registrar la comunicación, un lugar relevante lo ocupa la ironía, cuando lo que queremos decir es justamente lo contrario de lo dicho. De un político ladrón se puede decir: “¡ Qué político tan ladrón !” , pero también: “¡ Qué político tan honesto !”, y en este último caso se trataría de una ironía. Una objeción surge enseguida.

¿ Por qué no evitar la ironía y calificar al político de una vez por todas de ladrón, máxime cuando la ironía puede no ser comprendida y hacer que la comunicación sea nula o provocar malentendidos ? Porque no sería lo mismo.

Al tiempo que el interlocutor advierte el significado implícito, es decir, el significado irónico, infiere la negación del significado explícito. Ello ocurre por la aplicación del principio de no contradicción, de acuerdo con el cual una cosa no puede ser y no ser a la vez. El político no puede ser ladrón y no ladrón a la vez. Al aceptar el significado implícito de la frase, al tildar al político de ladrón, es menester negar su contrario, es decir, negar la posibilidad de que el político sea no ladrón, o lo que es igual, que sea honesto, pues si no lo hacemos caeríamos en una contradicción. La ironía, en síntesis, no sólo nos lleva a realizar una afirmación (referida por su contenido implícito), sino además una negación (la de su contenido explícito) de manera rotunda, plena, no dejando posibilidad alguna para que la afirmación en cuestión sea matizada, sea relativizada de tal suerte que quien sostiene la posición ironizada afronta el ridículo. De allí el valor argumentativo de la ironía, su efecto demoledor. No en vano dirán Perelman y Olbrechts-Tyteca, en su *Tratado de la argumentación*: “El ridículo, y no lo absurdo, es el arma principal de la argumentación”¹⁸.

5. El todo es mayor que sus partes

A través de la metáfora una palabra interactúa con otras palabras, a través de la ironía una palabra, una frase se desdobla. Todo lo cual lleva a asumir la concepción de la palabra como palabra viva. Al interior de la comunicación, en síntesis, las palabras no se comportan como una mezcla física, sino como una reacción química. No en vano los textos, los discursos ofrecen efectos de conjunto irreducibles a sus partes individualmente consideradas. Si yo digo: “Tomó el lapicero. Había llegado la hora de firmar. Se ajustó el nudo de la corbata, mientras pasaba revista a la habitación. De repente, un vuelo de gaviotas justo al frente de la ventana cautivó su mirada”. Es evidente que el texto nos dice que el protagonista no tiene afán, nos habla de su parsimonia, además. No obstante, ello no lo afirma en ninguna de las frases individualmente consideradas, sino en su conjunto.

¹⁸ PERELMAN, Ch, y OLBRECHT-TYTECA, L. *Tratado de la argumentación*. Madrid: Gredos, 1994. p. 321

Porque la palabra es una palabra viva, porque las palabras al interior del discurso, del texto, operan a semejanza de una reacción química, debemos aprovechar las posibilidades ofrecidas por él para gestar sentido supraproposicional, en vez de realizar vanos esfuerzos para reprimirle.

6. Conclusión

Ajenos al *estilo plano* reivindicado tiempo atrás como el modelo del discurso filosófico, los recursos literarios no se equiparan a simples *licencias poéticas*, sino que además constituyen el reflejo de la construcción del hombre como ser histórico; su anatematización en consecuencia lleva a una simplificación de la existencia con todas las secuelas de orden político que ello pudiera acarrear, a un empobrecimiento de la vida como quiera que en última instancia el hombre es lo que habla.

Aunque no sería fácil desconocer las potencialidades comunicativas de la palabra, hay quienes se resisten a utilizarlas por la ambigüedad que pudiera derivarse. No falta la contra-réplica, sin embargo. Como fuera demostrado por los poetas, es posible utilizar metáforas, ironías y demás recursos literarios sin provocar ambigüedad diferente a la padecida en este y en cualquier otro campo por el no iniciado, porque la ambigüedad propia de la polisemia no es más que un peligro potencial y cuando se actualiza ello suele suceder por la torpeza del autor o la simplicidad del lector, quien por ejemplo al leer en Hölderlin: "(...) sólo en las alturas nos ofrecen los dioses su presencia"¹⁹, sube a la terraza del edificio o escala el pico más cercano.

¹⁹ HÖLDERLIN, Friedrich. *La muerte de Empédocles*. Madrid: Hiperión, 1988. p. 56